

nta isabel

enero

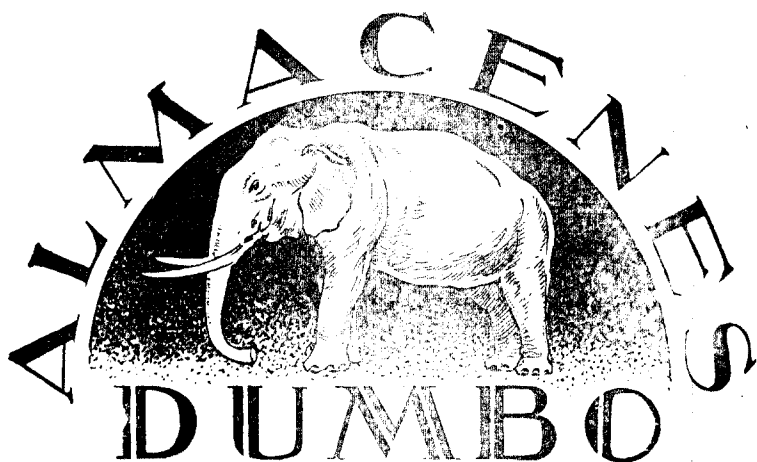
1968

la guinea española

ño LXVI

n.º 1621





de
JOSE NAUFFAL
SANTA ISABEL
FERNANDO POO

Le ofrece un completo surtido de artículos
de Regalo para Señoras, Caballeros y niños.
Especialidad en objetos de Oro y Plata



Gran surtido en Sedería y Algodones,
Mantones de Manila, Quimonos,
Cubrecamas y Mantelerías bordadas
Ultimas novedades en Bolsos para Señoras.
Todos los artículos que Ud. requiera los
encontrará en

ALMACENES "DUMBO"



Economizará Ud. mucho visitando esta Casa
antes de realizar sus compras.

Calle Sacramento. N^{OS.} 2 y 4

SANTA ISABEL Y BATA

TRANSPORTES REUNIDOS, S. A.

TALLER DE REPARACION
TALLER DE RECAUCHUTADO
TALLER DE CARROCERIA

Explotación Lineas

SANTA ISABEL—SAN CARLOS
BATETE—MOKA—BASUALA
CONCEPCION

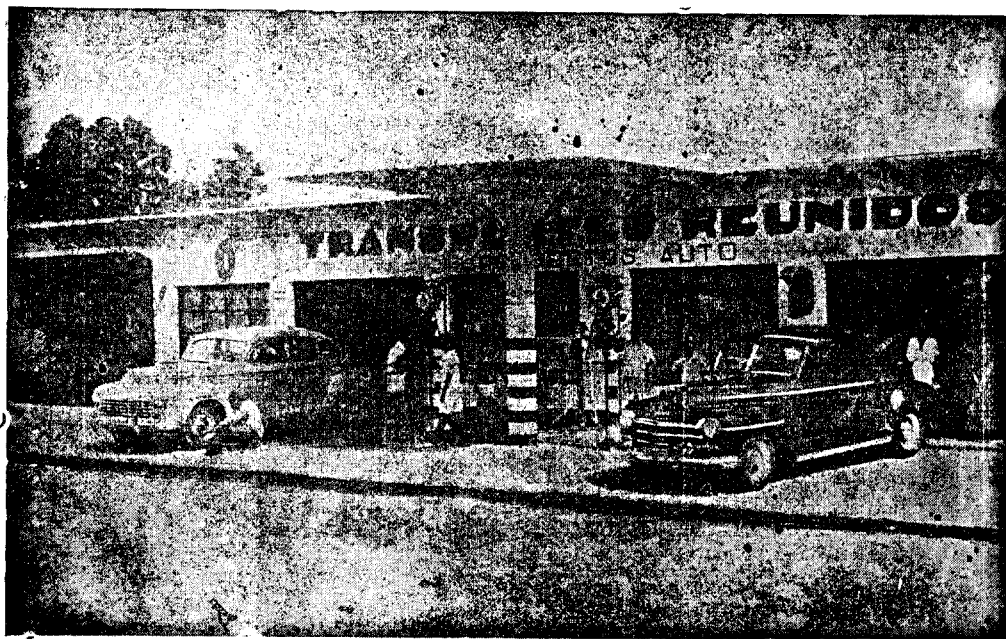
Factorías de

Repuestos — Accesorios — Cubiertas — Cámaras

RADIADORES — BATERIAS CARGADAS

HERRAMIENTAS - FARO

AUTOMOVILES — CAMIONES



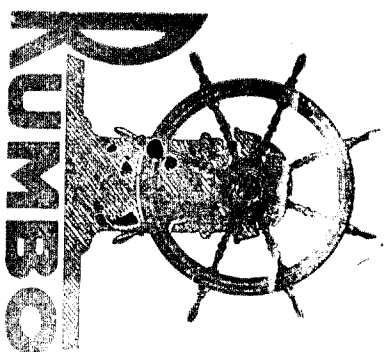
Transportes Reunidos

AVDA. GENERAL MOLA N.º 50
SANTA ISABEL FDO. POO.

de Fernando Poo, S. A.

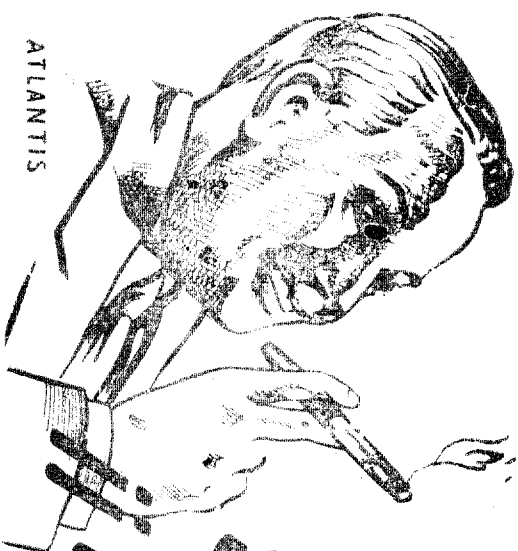
visítenos y encontrará las mejores calidades a los mejores precios

Los tabacos



Son..

¡¡ Magníficos !!



ATLANTIS

la guinea española

REVISTA MENSUAL PUBLICADA
POR LOS MISIONEROS HIJOS DEL
IDO. CORAZON DE MARIA

FUNDADA EN 1903

Núm. 1621

**Santa Isabel, Enero
de 1968**

Depósito Legal—F. P.. 10—1959.

Sumario

Pág.

Folklore benga,.....	2
Leyendas, fábulas y cuentos bubis, <i>por Benigno Boricó C. M. F.</i>	7
Canto a Fernando Poo, <i>por José Cervera Pery</i>	9
Excursiones por la Isla de Fernando Poo, <i>por Luis J. Marhuenda</i>	11

PORTADA

Dibujo de Pedro Mbà Abogo

SU CRIPCION

Al año: Ordinaria	75 pesetas
De bienhechores	100 pesetas
Número suelto	10 pesetas

Folklore Benga

TRADICION Y FABULA

Prosiguiendo nuestro trabajo de recopilación de elementos folklóricos de los pueblos primitivos de Guinea Ecuatorial, presentamos estos ejemplares de tradición y fábula correspondientes al pueblo benga. Una tradición casi historia y una fábula reveladora del ingenio primitivo en la astucia del antílope.

TRADICION SOBRE EL EXODO DE LOS BENGAS.

Cuentan los mismos bengas que ellos tuvieron su origen en el centro de Africa y que llegaron a las playas por la región de Batanga o del Río Campo. Señalan concretamente el río Locungé cuyo curso les sirvió de guía.

Cuentan que, maltratados en su lugar de origen por tirbus circunvecinas más poderosas que ellos, se vieron obligados a emprender el camino del destierro. Esta peregrinación fue realizada en época de sequía para poder vadear más fácilmente los ríos.

El primer obstáculo que encontraron fue el mismo río Locungé. Un río de aguas turbias, espesas, que ocultaban ostinadamente el fondo del río.

El jefe mandó detenerse la caravana mientras resolvían la dificultad del paso del río. No duraron mucho las preocupaciones del jefe.

Una mujer avispada llega con la noticia de que cerca de aquel lugar ella misma había visto un antílope cruzar el río sin necesidad de nadar.

Los bengas reconocieron que Dios les protegía por medio de aquel animal. Desde entonces el antílope «nchombe» es sagrado para ellos. No le pueden cazar, no pueden comer su carne. Es su «totem».

Los «ichechi», que estos eran los perseguidores de los bengas, también llegaron en viaje de persecución hasta las orillas del río Locungé. Allí perdieron la pista de los perseguidos. Pensaron sin duda que se los había tragado el agua. Ellos no se atrevieron a abordar el río ancho, espeso y hosco. Ellos no tuvieron la ayuda del «totem» y allí pusieron fin a su campaña contra los bengas.

A lo largo del río Locungé, los bengas hacen penosa peregrinación durante muchas jornadas hasta que lograron ver las tierras luminosas de la playa. Por la playa siguen hacia el Sur buscando tierra de nadie. Tremendas fueron las dificultades

que las aguas del río Ntem, río Campo, opusieron a este caminar rumbo al Sur. Pero en breve tiempo estuvo lista una improvisada flota de toscos cayucos parecido a las artesas de machacar la yuca. Bien cumplida su misión, estos cayucos fueron inmediatamente destruidos para que no pudieran ser utilizados por los enemigos. Repitieron esta aventura en la travesía del Wole, hoy río Benito. Los de más ríos son de relativo fácil tránsito en tiempo de sequía.

La peregrinación se detuvo en la punta Yeke, muy cerca de las riberas del Muni y por allí se establecieron y desde allí se repartieron para formar nuevos poblados por la costa y riberas del Muni. Así se hicieron los amos de aquellas costas, Fueron poblados importantes Ayene y el que existió a unos kilómetros de Puerto Iradier que tenía por jefe a Ekela un hombre de leyenda para los bengas.

Poco después de haberse establecido en las costas salieron dos bengas un día mar adentro para pescar el manatí. Uno era de la familia Dibué y otro de la familia Villé. Los primeros eran hábiles en el manejo del arpón y los otros en la pesca del manatí.

Estos dos pescadores por capricho del viento fueron a parar a las Islas de Elobey y decidieron explorarlas. Desde allí divisaron en lontananza una nueva isla, la isla de Corisco Vuelos a la playa con estas noticias, resolvieron ocuparlas. Los Dibué se situaron en la punta Masaka

de Elobey Grande, y los Villé se instalaron en la Isla Corisco y de ellos descienden los actuales «gabengue» a los que pertenecen los Uganda.

FABULA DEL TIGRE Y EL ANTILOPE.

Decía el tigre que quería tener más esposas, muchas esposas. Hizo un convenio con el jefe de un pueblo. El jefe le proporcionaba animales para cambiarles por esposas.

El antílope notaba que ninguno de aquellos animales volvía a aparecer. Y el antílope dijo un día al al tigre:

Tío, nunca me has invitado a ninguna de tus bodas. A mí también me gustan los viajes y las fiestas.

Muy bien sobrino. Quedas invitado para la próxima boda que será muy pronto.

Y muy pocos días después tío y sobrino caminan por la selva hacia la guarida del tigre. En su caminar se les atraviesa un río.

Sobrino, hay que pasar el río. Pero antes tira ese cuchillo que llevas escondido.

Está bien, tío. Pero antes tienes tú que tirar ese cuchillo que llevas escondido.

—Lo tiraré, sobrino pero cierra los ojos que no quiero que veas dónde cae.

El antílope simuló cerrar los ojos pero vió de reojo que lo que el tigre había tirado era una piedra.

—Está bien, tío. Ahora cierra tú los ojos, que voy a tirar mi cuchillo y no quiero que veas dónde cae.

El tigre cerró los ojos y el antílope tiró una piedra al agua.

Después de pasar el río tuvieron hambre. Había allí un árbol con abundantes almendras.

—Vamos a comerlas, dijo el tigre.

—¿Cómo las vamos a romper, tío si tiramos los cuchillos al río?

—Bueno sobrino, Tú coge las que quieras. Para romperlas nos arreglaremos como podamos.

El tigre miró de reojo y vio que el antílope estaba partiendo la fruta con el cuchillo.

—Ah, sobrino granuja, ¿por qué no tiraste el cuchillo al río?

—Ah, tío granuja, y tú? porque en vez de tirar el cuchillo al río tiraste una piedra?

Más adelante encontraron otro árbol con frutas verdes y maduras —Mira, sobrino, sobre este árbol pesa una maldición. No se pueden comer las frutas maduras sino las verdes. Ya sabes.

El tigre sube al árbol.

—Cierra los ojos, sobrino, que no quiero que sepas las que cojo.

El antílope sube al árbol.

—Cierra los ojos, tío, que no quiero que sepas las que cojo.

Tío y sobrino llenaron las bolsas de frutas maduras. No tenían fuego para asarlas.

Oscureció y la noche se llenó de luciérnagas voladoras.

—Esos animales llevan fuego. Marcha a cazar algunos para que ten-

gamos el fuego que estamos necesitando.

Partió el antílope rápidamente. El tigre se frotó las uñas y produjo fuego.

El antílope vio el resplandor de este fuego y volvió adonde el tigre. El tigre comenzaba a asar las frutas maduras del árbol de la maldición.

—¿Por qué has venido tan pronto sobrino granuja?

—Yó fui a buscar fuego, tío. Pero tú has tenido más suerte.

Y se vio otra vez aquí que el antílope era muy listo y que el tigre era muy falso. El antílope también vio otra vez que el tigre era muy falso.

Al día siguiente muy de mañana llegaron a casa del tigre.

El tigre dijo a su suegro:

—Te traigo un animal para que lo comas. Pero ten cuidado que es muy listo. Tenemos que ingeniarnos mucho para matarle. Procura que no se entere de la suerte de los demás animales. Si te pregunta por ellos le respondes que... salieron de paseo.

Mientras así hablaba el tigre a su suegro, el astuto antílope estaba escuchando.

Llegada la hora del descanso todos se fueron a acostar. En la habitación del antílope había muchas lanzas y espadas y arcos y otras diversas armas. El antílope dijo que no podía dormir allí entre tanta arma porque era muy impresionable

y tenía mucho miedo. Dijo que quería dormir en la misma habitación del tigre, que con tan fuerte defensor a su lado, dormiría tranquilo.

El tigre a su vez razonó así:

Mira, sobrino. Tú no puedes dormir en mi habitación porque ya duerme mi mujer y no hay sitio para todos. Duerme en la tuya que no te pasará nada. Todos los habitantes de esta morada vigilarémos tu sueño. —No, tío yo no puedo dormir en esa temible habitación. Me lo impide una fuerza superior a las mías.

Déjame dormir en tu habitación, que no os molestaré. Yo dormiré en el suelo: Te lo suplico.

—Bueno, sea como quieras, sobrino.

El tigre y su suegro tenían que cambiar el plan de matar al antílope.

Pero no les importaba mucho. Les costaba muy poco asesinar en la misma habitación del tigre al antílope cuando estuviera en el más profundo sueño. Así lo acordaron el tigre y su suegro.

Todos los de aquella morada se fueron muy contentos a dormir seguros del buen éxito de sus respectivos planes para la noche. A media noche cuando todos roncaban, el antílope cogió cuidadosamente a la mujer del tigre y la acostó en el suelo. El, muy suavemente, se acostó al lado del tigre. Más tarde el tigre se despertó. Creyó que había llegado la hora de matar al antílope. Le iba a ser muy fácil porque allí le tenía, roncando en el suelo de su misma habitación. Cogió la lanza y asestó un golpe mor-

tal sobre el cuerpo dormido en el suelo.

El antílope se retorció a carcajadas en la cama del tigre mientras la sangre de la esposa del tigre corría por la habitación y el tigre se desquijarraba de rabia.

—Otra vez has conseguido burlarte de mí, sobrino granuja. Mañana me las pagarás muy caro. Ahora tienes que ayudarme a ocultar este asesinato ante el pueblo para que no tomen venganza contra mí.

El antílope manifestó que estaba dispuesto a ayudar al tigre a salir de aquel apuro.

El tigre prosiguió:

—Yo descuartizaré a mi mujer. Tú irás a buscar leña para asar la carne y después... la comeremos entre los dos.

—Yo no puedo ir por leña, tío, porque haré mucho ruido y los habitantes del pueblo se alarmarán.

El tigre tuvo que cargar con todos los trabajos de preparar para comer la carne del crimen. Tío y sobrino se ponen después a comer. El tigre comía glotonamente. El antílope comía muy poco.

Amanecía. La comida se prolongaba mucho y la mañana avanzaba y las puertas de aquella casa estaban sospechosamente cerradas.

Los habitantes del pueblo empezaron a pensar si pasaría algo a los moradores de la casa del tigre y se acercaron preocupados a la puerta.

—Estamos perdidos, tío. El pueblo se ha dado cuenta de lo que ha pasado y viene sobre nosotros.

El antílope fingía mucho miedo.
El tigre tenía miedo de verdad,
un miedo atroz.

El antílope intentó esconderse en una gran cesta que allí había.

—No, sobrino. Tú no te escondes ahí. Ahí me escondo yo que soy mayor que tú.

Y el tigre se escondió en la cesta.

La gente del pueblo había echado abajo las puertas y se encontraba en el lugar del crimen. A la vista, en el lugar del crimen, un animalillo que era el antílope, y dos montones de huesos. Uno muy grande y otro muy pequeño.

Al antílope le pidieron explicaciones y el antílope habló así:

—Yo fui invitado a participar en el banquete que siguió a este crimen y acepté como manda la educación. Yo iba a ser sacrificado en lugar del animal propietario de estos hue-

sos, pero se equivocó el asesino y mató a su misma mujer. Yo iba a ser una víctima inocente como tantos otros animales inocentes que entraron en esta casa y no salieron más. Pero mi astucia ha podido más que la crueldad del tigre.

Y ahora... mirad esos dos montones de huesos. Toda la carne que falta en el montón grande la comió él. Ello es prueba de que él es mayor responsable de este crimen. Ya solamente me falta entregaros al criminal y os lo entrego. Ahí lo tenéis, encerrado en esa cesta.

Sin acabar, el antílope se lanzó al bosque, veloz como una flecha.

El pueblo hizo sobre el tigre la justicia que correspondía.

Y desde aquel día, en aquella región, hubo un enemigo menos.

(Informó Claudio Babiaka)



Leyendas, fábulas y cuentos bubis

ORIGEN DEL CACAO

Informa: *Cholocó Rietale, 75 años, de Basacato del Este*

En cierto pueblo había un hombre y una mujer: un matrimonio. Aunque pobres, se desenvolvían decentemente en los apuros y necesidades ordinarias de la vida.

Pero su pobreza degeneró en miseria y llegó un momento en que no tenían lo necesario para vivir.

Un día se pusieron a caminar, sin rumbo especial, en busca de una solución. Después de un buen recorrido, se detuvieron a descansar. En este breve descanso dirigieron una súplica a Dios para que les librase de tan mísera situación.

Prosiguieron su marcha y volvieron a detenerse en una playa próxima; allí, sentados, contemplaban tristes el movimiento siempre igual de las aguas del mar. Al cabo de largo rato el marido observó que las olas traían en su vaivén una bola pequeña. Esperó todo el tiempo necesario para que la bola llegase a tierra. La recogió, la examinó atentamente y observó que se trataba de una fruta para él desconocida. Prosiguieron su marcha hacia lo ignoto llevando con-

sigo la fruta hallada. Ya lejos de la playa se detuvieron de nuevo y el hombre rompió la fruta. Observó en ella unos granos gruesos y jugosos. Lo probó, lamiendo un poco. Eran dulces. Ofreció a su mujer; ambos, pues, lamieron el jugo que recubría los granos. Pero los granos mismos los dejaron ahí en tierra y se fueron.

Transcurrió mucho tiempo; y aquel hombre con su mujer volvieron a pasar por aquel lugar y con gran sorpresa suya vieron que los granos habían brotado en verdaderos árboles. Tales árboles, a su vez, estaban ya poblados de numerosas frutas, más bien pequeñas y verdes.

Al cabo de un tiempo, no muy largo, volvieron al mencionado lugar, y esta vez encontraron que las frutas ya estaban maduras. El hombre las observó atentamente y comprobó que eran iguales a la primera fruta hallada en la playa.

Estos árboles y estas frutas se han multiplicado mucho en nuestra tierra y es lo que los «potó» (extranjeros) llaman CACAO.

Los tres niños desobedientes

Informa: *Pablo Baroso, 11 años, de Bososo.*

En un pueblo había tres niños. Eran amigos íntimos. Cada uno de ellos tenía un defecto físico y por tales defectos eran apellidados:

El primero tenía la cabeza enormemente grande; por eso se le llamaba «cabeza—grande».

El segundo tenía las mejillas muy abultadas; en cada carrillo le cabía holgadamente media docena de naranjas; por eso se le llamaba «Carrillos—grandes».

El tercero tenía unas piernas largas y delgadas como cañas de pescar; por eso se le llamaba «piernas—flacas».

Cabeza-grande, Carrillos-grandes, Piernas—flacas eran conocidísimos en toda la zona, y no precisamente por sus defectos físicos, sino por su mala conducta. Asaltaban gallineros, robaban gallinas y huevos para guisarlos a su gusto y comer... Nunca estaban en sus casas, y no obedecían a nadie. Los otros niños les tenían mucho miedo porque apaleaban a todo el que se les acercaba. Su diversión era tirar piedras a los perros y destrozarse las frutas de los campos.

Un día llegaron hambrientos a un campo de árboles frutales. Cabeza—grande se ofreció a subir y coger suficiente fruta para los tres. Una vez en el árbol, a medida que

iba echando las frutas, Carrillos—grandes escogía las mejores frutas y se las metía en sus amplios carrillos.

Cabeza—grande—un tanto disgustado— le advirtió que las frutas eran para todos; pero Carrillos—grandes siguió almacenando para sí..., riéndose además de su compañero.

Indignado Cabeza—grande decidió bajar y vérselas con su amigo Carrillos—grandes; por el nerviosismo del enfado y la precipitación en el descenso perdió el equilibrio y su gran cabeza quedó cogida entre dos fuertes ramas....

Ante lo ocurrido, le cogió a Carrillos—grandes un ataque tan fuerte de risa que se le reventaron los carrillos y cayó al suelo muerto..

En aquel preciso momento, apriisionado por las dos ramas, moría, en el árbol el Cabeza—grande...

Aterrado por tan terribles hechos, Piernas—delgadas arrancó en una desesperada carrera, y no lejos de ahí, se le rompieron sus delgadas piernas y cayó al suelo muerto.

Esta «historia» enseña que los niños no de ben ser «bandidos».

Benigno Boricó C.M.F

Canto a Fernando Poo, entre el amor y la esperanza

Por José Cervera Pery

IDENTIFICACION

La hispana gente supo en tu bahía
la concepción primera del encuentro,
Concepción bautizada tierra adentro
bajo el ardiente sol de mediodía.

Duro tiempo, hosca piel, y la bravía
voluntad tesonera de un sangriento
caminar y vencer. Amargo centro
de un sísmico temblor de bizarría

Te poseyeron palmo a palmo luego,
cuando la fé en tu nombre se acompaña
de un amor desbordado en el trasiego
de sentirte muy dentro de su entraña...

¡Bendita claridad de un amor ciego,
en la aventura ecuatorial de España!

DESCUBRIMIENTO

Primero fué la bruma, y una fina
claridad que define y azulea
el contorno del mar. Bruma, marea,
y una lejana percepción salina.

Virgen tierra en agraz que se adivina
tras el afán que el horizonte otea;
Fernán Da Poo, descubre y se recrea,
—ojos de buen singlar—, la paz biafrina.

Juan Segundo, su trono marinero
ensancha por un hábil derrotero,
que da una nueva isla a su corona.
Que por un navegante visionario,
¡oh añoranzas de Sagres legendario!
Señor de Biafra, su blasón pregona.

C E R T E Z A

Con impaciente voluntad creadora
diste nombre y blasón a tu belleza,
y aires niños ciñeron tu grandeza
de noble gratitud descubridora.

Fernando Poo te llamas en buenahora,
aunque Fermosa tu bautismo reza,
Fermosa te pregona la certeza
en voz de noche y en razón de aurora.

Todo es hermoso en tí. Dios se recrea,
al azul cardinal de tus mañanas
o en el verde surgir de tu cintura.

Todo es hermoso en tí. Luz de Guinea,
amanecida en vuelo de campanas
y en trinos de cristal sobre la altura.

A C E R C A M I E N T O

Cautiva al fin, la luz circunvalada
se diluye en la tarde milagrera,
¡qué cercana te sabe y te reitera
mi voz a tu socaire, desvelada.

Tu presencia me detiene la emboscada
de vivir junto a tí esta sincera
aventura del alma que te espera,
en abierto ferial de madrugada.

Te deshaces así, limpia y risueña
cangilón de las risas y las voces
y el sonreír de la mujer isleña.

No conoces la pena. No conoces
la tristeza del alma que te sueña,
abierta y sola en plenitud de goces.

D E S P E D I D A

De uno a otro confin te he perseguido
en angustia de tactos vegetales,
y un misterio de rumbas musicales
han dejado tus ecos en mi oído.

Porque mucho te oigo. te he vivido,
en delirio de sueños tropicales
con un aire pagano en las fatales
indolencias que cantan tu latido.

Quédate siempre en mí, en grito o en calma;
en el bramido recio del tornado
o en la Paz ancestral que inunda el alma.

Porque así te he vivido y te he soñado,
agridulce embriaguez de fértil palma,
que más sed deja en el sabor logrado.

Excursiones por la Isla de Fernando Poo

VIAJANDO HACIA EL SUR

Por Luis J. Marhuenda

El viaje desde Moca hasta Ureca puede quedar dividido en tres partes: praderas, bosque y playas.

Cada una de ellas tiene sus particulares encantos. Las praderas son pródigas en bellezas naturales. El bosque, en camino ascendente hacia el río Biadyi, alberga sorpresas como son las flores olorosas y de alegre cromatismo, y las posibles piezas de caza más frecuentes cuando se pasa el río y empezamos a acercarnos a las playas.

Hasta hace algunos años extraño encontrar en las mimas praderas de Moca, en la ruta hacia Ureca, antes de internarse en el bosque, algunas buenas piezas de fritambos o de faisanes. Pero puntualicemos antes de dejar sentado un error muy común entre los cazadores de la Isla.

No existen faisanes en Fernando Poo. Lo que por tal nombre conocemos es el «turco azul» una familia de aves exclusiva del África Ecuatorial, de gran tamaño y envergadura, con plumaje vistoso, de color azul con algunas franjas amarillas. Se las llama faisanes y con tal nombre seguirán, pero su verdadero

nombre es éste: «turaco». De ellos aun suelen encontrarse en los bosques del Sur, donde abunda también otra clase de ave que igual mente se está prestando a confusión. Es el «Ibis Adada» al que llaman inpropia mente «Cigüeña». Es de un gris oscuro, casi negro.

Suele medir alrededor de medio metro y emite unos gritos que causan verdaderos sustos en la quietud del bosque, ya que son estridentes, desgarrados, como un grito lloroso y asustado de un niño. Este canto destemplado y chillón lo emite inesperadamente, causando el natural susto en el viajero.

Cerca de los primeros brotes del bosque, pero aun en las praderas, se pueden cazar varios tipos de palomas y tórtolas, aunque se suele tener la creencia de que ya no las hay por aquellos contornos. Pero no es ciertos. Este mismo año hemos visto cazar un hermoso ejemplar de paloma verde cuyo plumaje conjuga el verde de su nombre en diversos tonos con el amarillo y con el rojo en un bello alarde de cromatismo muy pintoresco.

Su captura fue tan sencilla que a los pocos minutos ya se habían reunido en el mismo árbol dos parejas más del mismo tipo.

Pero de esto trataremos en el capítulo que más adelante dedicaremos a la caza. Hoy siguiendo el camino descendente hacia Ureca vemos que cuando el cansancio empieza a agotar las fuerzas se llega al río Biadyi que parece parada forzosa en la ruta. Agua fresca, multitud de grafiash y huellas de cabra o de fritambos cercanos. Luego...diez minutos de escalada ... y uno de los más antiguos caminos bubis. Tan antiguo que se hunde más de medio metro en algunos lugares. Esta senda bordea el escarpe en cuyo fondo discurre el río. Hay un punto de esta cresta emocionante donde puede contemplarse un bellissimo panorama a ambos lados del camino. A la derecha un claro de bosque permite contemplar todo el contorno Sur de la Isla. Un bosque de verde oscuro que se rompe en cinta blanca para hacerse luego azul ...el azul intenso del Atlántico. Toda aquella inmensidad son los bosques del Sur casi totalmente desconocidos. Desde aquel punto se distingue el contorno de la costa, sus acantilados, incluso la mancha gris y blanca, apenas un punto en la inmensidad del poblado de San Antonio de Ureca. Es una visión majestuosa desde la altura que parece haber sido tomada desde un avión.

A la izquierda en lo profundo, jalonada de matorrales, de las airosas figuras de los helechos, se ve una laguna. Una laguna a la que

le han puesto por sombrero la espuma blanca de una cascada. Es el río Biadyi que alejándose salta unos peñascos y forma una laguna de aguas transparentes a cien metros debajo de nuestra vista.

Es poco probable que aquel lugar haya sido jamás visitado por ser humano alguno. No es fácil que ningún cazador temerario haya bajado hasta allí. Porque el pequeño remanso del río y la cascada se hallan escudados por sendas paredes casi verticales y de bosque inextricable. ¿Su acceso? No sabemos por dónde se podrá hacer. Esto queda a dilucidar por el valiente o valientes que deseen realizar algún día la proeza de ser los primeros en bañarse en aquellas aguas que por su limpieza, por su cristalina pureza, tientan ya al viajero desde aquellas alturas, cuando tras la subida del escarpe, siente su cuerpo inundado por el sudor.

Continúa el camino hacia Ureca con una pendiente cada vez más suave que atraviesa un bosque poco explorado, pero muchas veces cruzado, pues desde los más remotos tiempos de la prehistoria de la Isla, el pueblo bubi siguió estos caminos en sus continuos peregrinajes hacia las alturas de Moca, lugar obligado para las coronaciones y para los más importantes acontecimientos de la primitiva vida de los pueblos que habitan la Isla.

Es éste el trozo de camino más pesado en el viaje a Ureka. Largo y monótono. Pero siempre existe el aliciente estupendo de poder encon-

trar alguna clase de animales, por ejemplo fritambos, que son abundantísimos por aquellos contornos... Las cigüeñas de que antes hablamos cuyo verdadero nombre es «IBIS Hádada»... Los turacos, conocidos como faisanes, bandadas de monos juguetones... O los revoloteos y gritos de grupos de loros.

En cierta ocasión hace unos tres años un grupo de expedicionarios viajaba camino de Ureka por aquellos lugares, acompañados de un cazador con su perro, un astuto con que sabía que si no cazaba su amo no comía él. El perrillo descubría con fino olfato una pieza cada pocos minutos... Ladraba furiosamente... y cuando llegaba el cazador provisto con su escopeta, la pieza había tenido tiempo de escabullirse.

Pero una de las veces, Whisky, que así se llaman el perro, descubrió un fritambo juguetón y logró acorralarlo junto a un árbol. Corrió el cazador cargando su escopeta, pero al llegar, el animalillo, de un ágil salto, logró escapar al mismo tiempo que sonaba un disparo un poco tardío. El cazador salió corriendo en persecución del fritambo pues creía que le había herido.

Entonces uno de los expedicionarios le gritó:

— No corras, que lo tengo aquí.
— ¿Cómo?, qué ha pasado?, preguntó el cazador al ver el fritambo en manos del que había gritado.

La explicación era muy sencilla. El fritambo en su susto fue a tropezar con los pies del viajero. Este que ni por casualidad había pensa-

do hacer daño al animal, lanzó un fuerte puntapié meramente defensivo, que acertó a dar en la cabeza del fritambo con tal fuerza que le dejó sin sentido.

Claro que no siempre es tan frecuente hallar piezas de caza por aquellos contornos, pero raro es el viaje en que no se contempla alguna escena cinegética, aunque no con detalles tan pintorescos como la que acabamos de contar.

La llegada a las playas de Ureka tiene siempre algo de pequeño milagro. La anuncian a veces, previamente, los gritos de los loros que en busca del fruto del bangá, vuelan por aquellos contornos. Se intuye media hora antes de llegar por la presencia de algunas palmeras y el sonido del mar que, incomprensiblemente, llega a los oídos del viajero en un determinado lugar del bosque, sin que nadie sepa hasta ahora por qué suena en aquel lugar precisamente el mar y no más adelante, cuando más cercano se le tiene. Es este uno de los pequeños misterios que no hemos podido, desvelar como lo es también el hecho de que por allí, a unos tres o cuatro kilómetros de la playa, existan unas viejas palmeras de aceite. Esto último quizá tenga su explicación en que por tiempos pretéritos hubiera existido en aquel lugar uno de los poblados de Ureca... porque los poblados bubis en la antigüedad cambiaban de lugar cada cierto espacio de tiempo cuando las fincas empezaban a agotarse, buscando por eso nuevos terrenos más vírgenes y por lo mismo más fértiles.

Y la llegada a la playa... a la maravillosa... a la inefable playa de Ureca... es ya un nuevo milagro. Un milagro que sí tiene explicación: La mano inconmensurable-

mente sabia y genialmente artística de la madre naturaleza.

Pero los milagros de Ureca merecen capítulo aparte.

Y MUY CERCA... EL PARAISO

Hace tres años unos expedicionarios recalaron en las costas de Ureca con ánimo de pasar un solo día pescando y cazando. Pero allí la Naturaleza era tan pródiga en dones que alargaron la estancia hasta una semana entera. Uno de ellos que presumía de conocer el bubi, gozaba de tal forma de las maravillas que le redeaban que no cesaban de repetir de continuo: El Paraíso tiene que estar por aquí muy cerca.

A causa de esta frase, que le había quedado como estribillo, ocurrió un incidente unos días después que todavía lo recuerdan algunos bubis urekanos que lo vivieron.

El viejo Maoleri, de Moka, había salido muy temprano aquella mañana de caza. Sus largos años de experiencia le valían de mucho, y así en poco tiempo pudo conseguir un magnífico ejemplar de cabra de bosque y un fritambo. Los ató con una liana y los puso sobre sus hombros que ya soportaban más de sesenta años de dura existencia. Caminó de esta forma Dios sabe cuántas horas hasta llegar al campamento de nuestros amigos, siendo portador amable, de estos presentes que fueron acogidos como es

de suponer con la natural satisfacción.

Recompensado el viejo pródigamente por su gesta y por los regalos que le valieron mucho más que si hubiera vendido la caza en el poblado, comenzaron dos jóvenes bubis de la parte Norte de nuestra Isla a desollar los animales con notable fruición. Uno de los bubis tirando fuerte de la pieza hizo señas al otro de que le atenazara bien el espinazo indicándoselo con la palabra bubi «lokoko».

Todos sabemos que el bubi en la isla tiene varias modadidades. No suenan igual las palabras en el Norte que en el Sur. Aquel bubi del Norte había dicho «lokoko» refiriéndose al espinazo del animal. Si hubiera sido del Sudoeste hubiera dicho «moteddé» o «motendé». Pero el inquieto y satisfecho observador que presumía de entender bubi había oído la palabra lokoko. Y como el bubi que él conocía era precisamente bastante para mantener una conversación, confundió «lokoko» con «lobako» que significa «cielo». Y claro, el hombre del estribillo tuvo ocasión propicia para exclamar: «Y muy cerca... el paraíso»

Los bubis que oyeron aquello se

quedaron mirando el «lokoko» del animal.

Tras observarlo detenidamente, se miraron entre sí sin comprender. Contemplaron luego el rostro feliz del refranero y éste insistió: «Sí, sí... Muy cerca el paraíso.»

Los bubis dieron la vuelta al animal. Lo contemplaron de arriba abajo, de un lado a otro, por dentro y por fuera, en busca del paraíso advertido por aquel señor. No lo encontraron. Pensaron sin duda que aquello era una adivinanza. Se miraron entre los dos y llegaron a la conclusión de que por algún lugar cercano al espinazo debería haber algún sitio digno de ser conocido como el paraíso. Pero sus conjeturas por simple buen gusto se las quedaron calladas.

Pese a todo lo dicho, no andaba descaminado aquel hombre al decir que cerca de Ureka debía estar el paraíso. Veamos si no las bellas perspectivas que se nos ofrecen viajando desde Moca.

Poco antes de abandonar el bosque, cuando la sed abruma en exceso es posible encontrar las riquísimas lianas de agua. Decimos riquísimas porque este agua siempre se bebe cuando hay mucha sed y por lo tanto siempre nos parecen riquísimas. Un trago de esta agua, cortando previamente la liana en dos tajos, se logra con trozo de liana de un metro como mínimo. Saciada la sed se intuye la cercanía del mar que no tarda en abrirse ante nosotros con toda su maravillosa magnificencia.

Las primeras playas a las que se

arriba por la senda de Moca son las llamadas playas del Moaba, el río que desemboca junto a punta Dolores y cuyas cascadas, remansos y paisajes forman lo que probablemente es el rincón más bello de la isla de Fernando Poo.

Poco antes de llegar al río Moaba se nota ya un farrallón semejante a un antiguo castillo romano de los que tanto abunda en los pueblos españoles. Este farallón podría también considerarse como islote aunque para llegar a él en marea baja sólo es necesario mojar el tobillo. Escalando hasta su cúspide, de fácil acceso, aunque impresionante por lo vertical, se observan las playas en una perspectiva de altura que alcanza hasta punta Santiago. Las fotografías obtenidas desde estos lugares causan la impresión de ser fotos aéreas. Este islote tiene además la particularidad de poseer una auténtica bañera. Un hueco en la roca donde el agua entra en las mareas altas causa esa sensación.

Cincuenta metros más de playa...

Y EL MOABA...

El Moaba está considerado como uno de los ríos más caudalosos de la isla. El que pudiera superarle es el Tudela que nace en la Gran Caldera pero baja encajonado entre paredes y apenas recoge afluentes. En cambio el Moaba que nace en el lago de Moca—lago Biao—que desborda sus aguas por un costado sobre todo en tiempo del luvias, va recogiendo las afluencias de otros

en su largo caminar. En las alturas del lago Biao estas aguas desbordadas se llaman río Ebá. Estas aguas se unen con el propiamente dicho río Moaba. Ambos siguen su curso torrencial hasta desembocar en las playas de Ureca. Y allí en el mismo punto de la desembocadura se les une otro río: el Loara.

Como la vertiente es montañosa y ésta llega en sus escarpes hasta la playa, en aquel lugar, tanto el Moaba como el Loara, forman a unos cien metros de la playa unas bellísimas cascadas de paradisiaca belleza.

Las del Moaba tendrán sólo unos diez metros de altura, pero el agua se abre en dos grandes brazos resonando sus burbujas en el amplio lago que remansa luego el río. Las del Loara adquieren mayor altura, cerca de treinta metros, pero salta el agua en un limpio chorro de saltarina alegría.

Allí, en aquellos remansos, la caza y la pesca confluyen en armoniosa convivencia como en un auténtico paraíso.

Pero este paraíso merece mejores atenciones, más lindezas narrativas que las daremos en otra ocasión.

ATENCIÓN

Con este número enviamos el último cuader-
nillo de texto del libro «Fernando Poo» del Pa-
dre Tomás Martínez. En números sucesivos en-
viaremos varios fotorreportajes para completar
la obra.